

Ana Meléndez. “La temporalidad del trauma: del campo psicoanalítico a la semántica histórica”, *Conceptos Históricos*, 5 (7), pp. 40-65.

RESUMEN

El presente artículo aborda la cuestión de la traslación de la noción de “trauma” del campo psicoanalítico a la semántica histórica desde una perspectiva koselleckiana. Asumiendo la premisa fundamental de la metodología de la historia conceptual teorizada por Reinhart Koselleck, según la cual el desarrollo y la evolución semántica de los conceptos constituyen la articulación del tiempo histórico, se entenderá que lo que esta trasposición indica es, en realidad, la cristalización de una experiencia social del tiempo que supone una nueva relación entre las nociones metahistóricas de espacio de experiencia y horizonte de expectativa.

Palabras clave: *Historia conceptual, modernidad, temporalidad, trauma, historiografía, psicoanálisis.*

ABSTRACT

This article tries to address the question of the translation of the notion of trauma from the psychoanalytical field to historical semantics from a Koselleckian perspective. Assuming the fundamental premise of the conceptual history's methodology theorized by Reinhart Koselleck, according to which concepts, in their own development and semantic evolution, constitute the articulation of historical time, it will be understood that what this translation indicates is the crystallization of a social experience of time, involving a new link between the metahistorical notions of experience and expectation.

Key words: *Conceptual history, modernity, trauma, temporality, historiography, psychoanalysis.*

Recibido el 2 de enero de 2019

Aceptado el 18 de marzo de 2019

La temporalidad del trauma

Del campo psicoanalítico a la semántica histórica¹

Ana Meléndez

ana.melendez@uv.es

Universitat de València, España



Conceptos, tiempo e historia

A comienzos de los años sesenta, en un ambiente de fervor positivista en el que las polémicas modernas en torno a los métodos ensalzaban la ciencia natural como el único modo válido de conocimiento del ser humano, la hermenéutica filosófica gadameriana reivindicaba la legitimidad epistemológica de otras formas de experiencia depositarias de verdad. Se refería a las esferas que conforman su estructura hermenéutica (arte, tradición y lenguaje), tres espacios humanos cuya respuesta a la pregunta por la verdad habría de encontrarse respectivamente en la comprensión misma de la experiencia estética, histórica y filosófica. En relación con esta última, Gadamer sostiene que el hecho de la comprensión consiste en el tomar conciencia de la relación determinante del pensamiento que se da entre la palabra y el concepto.

Esto se entenderá mejor si recordamos que, para el autor de *Verdad y método*, todo pensamiento filosófico opera sobre un mundo previamente articulado en el lenguaje. El proceso de formación conceptual requerido por el pensamiento crítico, por tanto, nunca es el comienzo, sino que

¹ Este trabajo se ha realizado gracias a una beca de investigación predoctoral de Formación al Profesorado Universitario (FPU2014) en el marco del proyecto de investigación "Historia conceptual y crítica de la modernidad" (FFI2017-82195-P), del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

siempre se produce condicionado hermenéuticamente por un lenguaje hablado que ya expresa una determinada interpretación del mundo vinculada, de forma inextirpable, a la experiencia vital e histórica del ser humano. El ser, pues, se vertebra en el lenguaje. Y la filosofía, cuya conceptualidad constituye su esencia, es, para el discípulo de Heidegger, ese esfuerzo constante de búsqueda lingüística. Así, aunque aparezca bajo la forma gramatical de la palabra, el concepto tiene otra acreditación distinta: “aclarar el encubrimiento del origen de las palabras filosóficas, para poder mostrar la legitimidad de nuestros planteamientos”.²

De esto se sigue que, a diferencia de la función que se le otorga al concepto en las ciencias positivas, reducido a mera herramienta teórica referida a una realidad experiencial a fin de mostrar su validez o falibilidad, los conceptos filosóficos no son términos químicamente puros mediante los que someter objetos, sino realidades plurívocas en las que se manifiesta el vigor del pensamiento. En tal noción de concepto, asegura Gadamer, radica la legitimación filosófica de la historia conceptual [*Begriffsgeschichte*]:

esas “fracturas” en las que se quiebra en cierto modo la relación entre palabra y concepto y los vocablos cotidianos se reconvierten artificialmente en nuevos términos conceptuales, constituyen la auténtica legitimación de la historia del concepto como filosofía.³

Reinhart Koselleck, quien fuera discípulo de Gadamer en Heidelberg, asumirá esta esencial distinción entre palabra y concepto como una de las premisas metodológicas establecidas en 1972, en su introducción al diccionario de *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*,⁴ cuyo principal cometido, como es sabido, es el estudio de la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del moderno –al que Koselleck denomina *Sattelzeit*– a través de la historia de su aprehensión conceptual.⁵ La producción teórica koselleckiana se basa en el supuesto de que durante tal período, en la centuria que va desde 1750 hasta 1850, se produjo una radical ruptura. Los cambios técnicos y políticos que trajeron consigo la Revolución Industrial y la Revolución francesa transformaron profundamente los cimientos sociales y culturales de Europa. El legado de las enseñanzas consagradas fue perdiendo importancia en la vida social, al mismo ritmo vertiginoso en que aumentaba el anhelo por lo nuevo. Muchos conceptos, como “revolución”,

2 Hans-Georg Gadamer. “La historia del concepto como filosofía (1970)”, en *Verdad y Método*. Vol. II. Salamanca, Sígueme, 1992, pp. 81-93, aquí p. 87.

3 Hans-Georg Gadamer. “La historia del concepto...”, p. 93.

4 Ver Reinhart Koselleck. “Introducción al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*”, *Anthropos*, N° 223, 2009, pp. 92-105.

5 Ver Reinhart Koselleck. “Introducción al *Diccionario...*”, p. 94.

“progreso” o “historia”, aprehendieron esos cambios y modificaron sus significados originales.

Una significación preferente a este respecto tiene el concepto moderno de historia. Hasta el siglo XVIII, en términos muy generales, la historia había sido entendida como un conglomerado de hechos fragmentarios. Lo que se esperaba del historiador, sin más, era que compusiera con destreza y talento pedagógico la narración de cosas quizá ejemplares pero particulares y contingentes. Por esto Aristóteles pudo hacer esa mítica comparación entre la poesía y la historia.⁶ Sin embargo, en el plazo de cien años (1750-1850) el futuro se desligó del pasado, y la historia comenzó a concebirse como un proceso de perfeccionamiento continuo y creciente, abierto hacia un porvenir distinto del pasado y, por cierto, mejor que el pasado.⁷ Esta nueva noción de historia temporalizada como discurrir homogéneo, cuya traslación conceptual constituye la filosofía idealista de la historia,⁸ no podía ya aprenderse como algo paradigmático. En cuanto unidad continua, cancelaba la antigua tarea de la historia, la de ser maestra para la vida. La historia debía, a partir de entonces, ser contemplada y explicada de nuevo por cada generación, con miras a un progreso futurocéntrico que desataría un tiempo de aceleración.

A partir del análisis semántico-pragmático de los conceptos fundamentales de la modernidad, Koselleck pone de manifiesto no solo su irremplazabilidad a la hora de comprender la comunidad política y lingüística en la que se integran, sino también la estructura temporal interna que poseen, indiciaria de que bajo la conciencia moderna hay implícita una determinada concepción del tiempo, un tiempo nuevo que ya no se siente definitivo y que, al no poder orientarse en su pretérito, tiene que inventar su propio destino: “mi tesis es –afirma Koselleck– que solo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias pasadas”.⁹

Así pues, la historia conceptual koselleckiana revela la forma del tiempo histórico propia de la modernidad a través de la reconstrucción de su aprehensión conceptual. Lo que, a su vez, pone al descubierto que

6 “En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia lo particular” (Aristóteles. *Poética*. 1451b).

7 Ver Reinhart Koselleck. “‘Espacio de experiencia’ y ‘horizonte de expectativa’, dos categorías históricas”, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, [1979] 1993, pp. 333-357, particularmente la p. 347.

8 El concepto moderno de historia da lugar a la filosofía tradicional de la historia. Koselleck sostiene esta tesis y recoge la historia de este concepto en *historia/Historia*, originalmente publicado como entrada para el monumental diccionario editado por Koselleck, Brunner y Conze.

9 Reinhart Koselleck. “‘Espacio de experiencia’ y ‘horizonte de expectativa’,...”, p. 343.

la manera en que los hombres narran la historia depende, en última instancia, de cómo viven y aprecian el tiempo. Por ello, el fin último de la Histórica es formular una teoría de la temporalidad histórica, es decir, una metahistórica orientada a revelar la relación que mantienen el tiempo y la historia. Esta cuestión es analizada por Koselleck principalmente en *Futuro pasado*, texto cuya hipótesis central es que el *tiempo histórico* se puede concebir como la determinación de la diferencia entre el pasado y el futuro, entre la experiencia y la expectativa. Una relación que, si bien se modifica en el transcurso de las generaciones históricas y determina la manera en la que el ser humano se organiza social y políticamente, va más allá de las particularidades históricas y sociológicas y apunta hacia una dimensión antropológica inherente a toda conceptualización y todo acto lingüístico.¹⁰ Partiendo de esta aseveración koselleckiana, de que la semántica histórica siempre depende de una especie de semántica trascendental que determina la comprensión del tiempo desde la que uno vive, nos planteamos la siguiente cuestión.

Asistimos a un retorno masivo del concepto de trauma que, allende el ámbito médico y psicológico, trasciende las ciencias de la salud para integrarse en las ciencias sociales y humanas, especialmente en la historiografía. Dejando fuera de nuestras consideraciones presentes los numerosos problemas ontológicos y epistemológicos que esta importación disciplinaria supone,¹¹ la hipótesis que sostendremos aquí es que la teoría del trauma, aplicada a las reconstrucciones historiográficas contemporáneas, supone una nueva relación entre las nociones metahistóricas ofrecidas por Koselleck, espacio de experiencia y horizonte de expectativa, y, por tanto, revela una nueva experiencia social de la temporalidad que, como defenderemos a lo largo del texto, coincidiría con lo que Hartog ha denominado *presentismo*, y Gumbrecht, *presente dilatado*. Para el desarrollo de esta tesis, conforme al proceder koselleckiano, comenzaremos deteniéndonos brevemente en la extensa historia de este concepto para, finalmente, ceñirnos exclusivamente a su versión psicoanalítica.¹²

Trauma es un término de origen griego (*τραῦμα*) que significa herida. En la Grecia clásica ya se empleaba esta palabra y toda la terminología a ella asociada (traumatizar, traumático, traumatismo) para referirse tanto a lesiones mecánicas producidas en el orden de los daños físicos, como para otras heridas de carácter más espiritual provocadas por diversos

10 Ver Reinhart Koselleck. *Futuro pasado...*, pp. 13-18.

11 Ver María Inés Mudrovic. "Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia", *DIÁNOIA*, Vol. 58, N° 50, 2003, pp. 111-127; Luis Sanfelippo. "El trauma en la historia. Razones y problemas de una implantación", *Pasajes*, N° 40, 2012, pp. 24-37.

12 No atenderemos en este texto a la noción neurobiológica de trauma, ni tampoco al estrés posttraumático (PTSD, por sus siglas en inglés) desarrollado en el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, a pesar de que ambas han tenido impacto en la historiografía.

tipos de catástrofes de orden natural, histórico o cultural. En la actualidad, el término trauma mantiene este significante, sin casi ninguna variación en gran parte de las lenguas modernas. Pero hoy por hoy empleamos “trauma” en su aspecto psíquico, mientras que utilizamos “traumatismo” como sinónimo de trauma físico.

Esta escisión semántica es muy reciente. Hasta finales del siglo XIX, “trauma” se empleaba en términos meramente quirúrgicos o médicos, para designar un daño somático en el organismo, provocado por un accidente o una acción mecánica. Sin embargo, las investigaciones sobre el sistema nervioso realizadas durante el final del siglo XIX llevaron a estudiar el impacto de los afectos en el comportamiento humano y, progresivamente, el daño observado pasó a interpretarse como una lesión del tejido nervioso (en lugar de una ruptura del tejido) que solo podía ser percibida por sus síntomas (conductas extrañas, memorias disociadas). Como consecuencia de esto y de otros fenómenos sociohistóricos (los primeros accidentes ferroviarios), apareció también el término “memoria traumática” para referirse a los modos en que el cuerpo perpetúa sucesos de gran dificultad emocional para el sujeto. Se inicia, así, un cambio socioepistémico que culminará a comienzos del siglo XX, por medio del psicoanálisis freudiano, en la psicologización del concepto trauma –lo que a su vez significará una revolución en la representación del acontecer subjetivo–.

El trauma en Freud: de la clínica a la historia

La irrupción del psicoanálisis en la nosografía psiquiátrica de la época

La psiquiatría del siglo XIX renovó el postulado dieciochesco que suscribía la etiología orgánica de las alteraciones mentales y de toda una serie de fenómenos clínicos. En tanto que rechazaba toda tentativa de elaborar hipótesis orientadas a explicar los orígenes y los mecanismos de las diferentes entidades clínicas que no presumieran una causa orgánica, la psiquiatría quedaba reducida casi por completo a ser una rama más de la neurología. Sin embargo, algunos de los principales autores decimonónicos que ejercieron una gran influencia en la clínica psiquiátrica participaron activamente en el debate que se produjo a finales de siglo, en Francia y Alemania, sobre la histeria, puerta de entrada al psicoanálisis para su propio fundador.

Un lugar destacado en esta disputa lo ocupó Jean-Martin Charcot. Conocido por ser uno de los primeros en poner de manifiesto la objetividad o autenticidad de los síntomas histéricos, el maestro de la Salpêtrière sostenía que la histeria era una enfermedad neurológica, cuya lesión anatómica todavía no había sido descubierta. Esta concepción de

la enfermedad contemplada por Charcot, no obstante, comenzó a ser severamente criticada alrededor de 1885,¹³ fundamentalmente debido a los problemas que planteaba la cuestión de la histeria traumática. El término de “neurosis traumática” lo acababa de proponer Oppenheim (1884) para designar los trastornos nerviosos secundarios por los accidentes de ferrocarril y otras catástrofes. En estos síntomas típicos (parálisis sensoriales, trastornos motores, pesadillas que reproducían obsesivamente el recuerdo del accidente) eran fácilmente reconocibles los síntomas propios de la histeria.

La honda analogía de la histeria común con la histeria traumática, además de permitir a Charcot abrir definitivamente el campo de la histeria al sexo masculino, le permitió indagar en las diferencias que podían darse entre los síntomas histéricos y los lesionales, hasta ese momento considerados idénticos por el médico francés. A pesar de esto, y aunque sus experimentos con la hipnosis le propiciaron el hallazgo esencial de que los síntomas sensitivos y motores obtenidos por sugestión hipnótica eran exactamente idénticos a los trastornos histéricos espontáneos, Charcot no llegó nunca a desprenderse de la noción quirúrgica de trauma y continuó hablando de una lesión dinámica.

En este caldo de cultivo, en el que poco a poco iban cayendo los pilares clínicos de la interpretación orgánica de la enfermedad mental, se inserta Freud al retornar de París en 1886. Los desarrollos de la investigación médica sobre la histeria fueron creando las condiciones del descubrimiento del inconsciente. Por un lado, Hippolyte Bernheim (*De la suggestion et de ses applications à la thérapeutiques*) negaba que la histeria fuera una enfermedad degenerativa y proponía una concepción de la misma entendida como un trastorno afectivo emocional. Por otro, Pierre Janet (*El automatismo psicológico, El estado mental de las histerias*) reconocía el estatus no orgánico de los síntomas histéricos argumentando que estos surgen de una disociación de la personalidad en relación con una especie de debilidad del sistema nervioso. Sin embargo, fue Sigmund Freud el primero en sostener abiertamente que la formación de sus síntomas responde a mecanismos psíquicos.¹⁴

13 Paul Bercherie. “Las lecciones de 1885 sobre la histeria traumática”, en *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires, Paidós, 1988, pp. 92-96.

14 Por ello, en un primer momento excluye la histeria del grupo de las hasta ese momento llamadas neurosis (en el sentido de enfermedades funcionales del sistema nervioso), y la sitúa en uno nuevo que denomina *neuropsicosis*, donde incluye, además de la histeria, la neurosis obsesiva y un tipo de psicosis alucinatoria. Ver Sigmund Freud. “Las neuropsicosis de defensa”, en *Obras completas*. Vol. III. Buenos Aires, Amorrortu, 2012, pp. 41-46.

De la teoría traumática a la teoría sexual infantil: el trauma como cuerpo extraño

El psicoanálisis comienza siendo una teoría del trauma. En *Estudios sobre la histeria*, Freud y Breuer sostienen la tesis de que el trauma psíquico es la condición indispensable para la génesis de un estado patológico. A pesar de las diferencias que entre ambos existían desde que redactaran la “Comunicación preliminar” a este clásico texto, los dos autores coincidían en ese momento epilodal del psicoanálisis en que el paciente histérico había sido víctima de un trauma, o varios, y cuyas representaciones reprimidas, al no haber sido *abreaccionadas* (integradas en la vida psíquica), obraban al modo de un *cuerpo extraño* que, aún mucho tiempo después de su intrusión, seguía insistiendo patógenamente en forma de reminiscencia.¹⁵

Esos recuerdos de sucesos ocasionadores de los fenómenos histéricos son especiales. Por un lado, conservan toda su afectividad intacta: esto es lo que quiere decir que no han sido abreaccionados ni desgastados por medio del trabajo asociativo junto a otras vivencias. Por otro, son recuerdos no accesibles a la memoria consciente. Forman un grupo independiente de representaciones que no entra a formar parte de la conciencia (lo que Breuer denomina estado hipnoide, o *condition seconde*, y lo que Freud acabará integrando dentro de su concepto de represión). De manera que el síntoma histérico queda explicado en el marco teórico de la teoría del trauma psíquico como una penetración de esa segunda conciencia en la invasión corporal. El método curativo que proponen en este momento —método catártico— consiste en traer a la conciencia el suceso originador del trauma mediante la hipnosis, para que el afecto asociado a esa vivencia encuentre un modo de descarga no patológica.

La diferencia entre ambos autores residía en que Breuer planteaba los estados hipnoides (o sea, la división psíquica del sujeto) como causa de la insuficiente abreacción, mientras que Freud formulaba una hipótesis diferente: ciertas representaciones sexuales parecían constituir, para el sujeto neurótico, una amenaza interna contra la cual se veía obligado a defenderse. La estrategia defensiva frente a estas, consistente en separar el afecto de la representación, por un lado y, por otro, en aislar la representación inconciliable del resto de representaciones, provocaba así una escisión subjetiva. De este modo, para Freud los estados de escisión psíquica no eran causa, sino consecuencia del proceso defensivo que opera en la histeria.

En 1894, un año antes de la aparición de los *Estudios*, Freud ya había escrito *Las neuropsicosis de defensa* que, junto con *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) y *Nuevas aportaciones sobre las neuropsicosis* (1896), es uno de los textos iniciales que contiene los fundamentos de la

15 Sigmund Freud. “Estudios sobre la histeria”, en *Obras completas...*, Vol. II, p. 33.

teoría traumática freudiana, alejados ya de los de Breuer. Como puede leerse en tales obras preliminares del psicoanálisis, lo traumático, para este Freud que tenía la convicción de la realidad del trauma, consistía en el recuerdo de una experiencia sexual precoz, con excitación real de las partes genitales producida en el período de la infancia e incitada por un abuso sexual (teoría de la seducción) que, al emerger en edad madura, es reprimido y aislado de la memoria, actuando a la manera de un *cuerpo extraño* dentro del propio cuerpo. En la época en que se producen estas experiencias no despliegan su efecto. Pero mucho más sustantivo, apuntaba Freud, es su efecto retardado [*Nachträglich*], que solo puede sobrevenir en períodos posteriores de la maduración, cuando el sujeto cuenta ya con representaciones precisas en cuanto a la excitación sexual. Esto hace que el individuo lo experimente como si se tratase de un suceso nuevo, provocando entonces su rechazo en la conciencia y la producción del fenómeno patógeno: tal afecto estancado, proveniente de una huella mnémica de la infancia, es el causante del síntoma histérico.

Lo que se reprime, por tanto, es un recuerdo que solo *après-coup* llega a convertirse en trauma. En ese sentido, lo traumático no se da ni en un tiempo ni en otro, no está en ninguna parte, sino que es la irrupción del recuerdo y su resignificación basado en una nueva comprensión. Para que exista el trauma, cierto es, deben darse determinadas circunstancias que excluyan la posibilidad de una abreacción completa. Pero lo que confiere al acontecimiento su valor traumático son las condiciones psíquicas que impiden al sujeto integrar en su personalidad ciertas representaciones de contenido sexual. De modo que, por controvertido que suene, desde la óptica psicoanalítica no puede hablarse de acontecimientos traumáticos en un sentido absoluto, pues en ellos juega un papel esencial la susceptibilidad propia del individuo.

“No creo más en mi neurótica”.¹⁶ En 1897, Freud invalidaba así la teoría de la seducción, tras constatar que, en realidad, lo que hay en la base del origen del síntoma histérico no son recuerdos de sucesos reales, sino fantasías inconscientes que cumplen la función de satisfacer deseos sexuales infantiles reprimidos.¹⁷ Freud descubre que los relatos que hacían *sus neuróticas* acerca de agresiones sexuales sufridas en su infancia por parte de adultos perversos no tienen un referente real. Pero insiste en que tampoco son mentira, en el sentido estricto de expresar o manifestar algo contrario a lo que se sabe, se piensa o se siente. Estas escenas fantaseadas constituyen otro tipo de mentira (la *proton pseudos histérica*), cuyas primeras víctimas, antes que sus autoras, serían las histéricas. No

16 Sigmund Freud. *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904*. Buenos Aires, Amorrortu, 1985, p. 284.

17 Ver Sigmund Freud. “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, en *Obras completas...*, Vol. IX, p. 143.

es este el lugar adecuado para abordar el estudio de la relación entre síntoma y fantasía que fue llevado a cabo por Freud durante estos años. Con todo, conviene manifestar que esa noción de mentira no puede desligarse de la noción de síntoma neurótico. El engaño histérico esconde una verdad, la verdad del síntoma ante la que actúa la defensa histérica.

A partir de 1905, con la publicación de *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud abandona oficialmente su teoría traumática en beneficio de la teoría de la sexualidad infantil, y sustituye los traumas sexuales infantiles por el infantilismo psíquico. Es decir, un sujeto es neurótico¹⁸ cuando pervive en él *lo infantil*, aquello pasado que, fijado como traumático, continúa actuando como si fuera presente porque no ha llegado a tener un sentido que le permita ser integrado en la vida psíquica. Así se establece una dialéctica entre el peso del pasado y el de nuestra actualidad. Por un lado, abordamos el presente en función de lo que fuimos, pero, por otro, reinterpretemos el pasado en función de lo que somos. Este vaivén es esencial en nuestra vida psíquica. Ahora bien, si la situación desborda nuestra capacidad de significar, entonces adquiere un carácter traumático.

Tal viraje conduce a Freud a poner en el centro de toda la metapsicología el concepto de *realidad psíquica*, el cual tendrá exactamente el mismo efecto patógeno que, en un principio, Freud atribuía a las reminiscencias histéricas. La diferencia es que lo traumático no es ahora un trauma sexual infantil efectivamente acontecido, sino el resultado del proceso represivo que nos funda como sujetos, que consiste en la renuncia a *lo sexual* a cambio del ingreso en el régimen de la cultura.¹⁹ Como resultado de tal encuentro, se da la presencia de lo sexual en un dominio incorporal como el aparato psíquico, que es a lo que Freud llamó *Trieb* y lo que nosotros traducimos como “pulsión”. La noción freudiana de *Trieb*, por ello, no debe ser interpretada como un simple dato natural [*Instinkt*], un mecanismo biológico sobre el cual la represión impone su ley de prohibición, sino “como algo que está profundamente penetrado de represión”.²⁰

En tanto que lo que pretendemos aquí no es reconstruir al detalle el complejo proceso de construcción de la obra teórica freudiana, sino solo

18 Desde el psicoanálisis se entiende por neurosis una estructura de la subjetividad, lo cual no implica necesariamente el orden de la psicopatología, sino una modalidad defensiva frente a la castración (el abandono de aspiraciones inconciliables con la realidad) mediante la fijación a una escena edípica.

19 Es lo que Freud denomina represión primaria: el abandono de los deseos sexuales dirigidos principalmente a los objetos parentales. Un proceso represivo que aún no produce efectos, porque el desarrollo de la sexualidad no ha tenido lugar del todo. Pero es estructurante porque va a fijar la pulsión en las distintas etapas del desarrollo. En ese sentido, constituye la base del inconsciente.

20 Michel Foucault, “Las mallas del poder”, en *Estética, ética y política. Obras esenciales*. Vol. III. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 235-247, aquí p. 235.

la plasmación de ese mismo proceso en el concepto de trauma, baste ahora con señalar que, sobre la base de este hallazgo teórico del origen represivo de la subjetividad, el trauma deja de ser un acontecimiento real, aleatorio, y se convierte en algo estructural y estructurante. Lo que nos funda como sujetos, para Freud, es la represión originaria, de la que nada sabemos. La huella mnémica de esto constituye el nódulo traumático que atraerá hacia sí el resto de representaciones que deberán ser rechazadas por una represión secundaria: es lo que Freud denominó *núcleo de lo reprimido*, siempre insistiendo para emerger. Su insistencia la hace fuente de inclinaciones inconscientes que se revelan como síntomas. Lo traumático, avalado por sus síntomas, es la forma en la que llegamos a constituirnos como sujetos. Por eso, el hecho de que Freud abandone la teoría del trauma y que el concepto de fantasía pase a ocupar el primer plano no implica una exclusión, sino más bien una generalización de la teoría traumática.

La cuestión del trauma será de nuevo abordada por Freud en los años veinte, pero para ello un hecho fundamental hubo de suceder durante la Gran Guerra: la proliferación de un nuevo fenómeno psíquico desconocido al que se denominará neurosis de guerra.

El gran trauma europeo: de la pulsión de muerte al trauma histórico

Durante la Primera Guerra Mundial, miles de soldados se vieron abocados a un nuevo tipo de trastorno psíquico. Temblores, convulsiones, parálisis de diversos tipos, cegueras, sorderas, pesadillas obsesivas, eran algunas de las manifestaciones comunes de los síntomas que aquejaban a estos combatientes. La actitud médica de la época, sin embargo, sostenía una posición de incredulidad despreciativa ante esta nueva oleada neurótica y exigía que los neuróticos de guerra fueran examinados con rigor. Las descripciones que de sus síntomas se hacían en los informes médicos recurrían a matices desdeñosos (“cobardía”, “debilidad”) que procuraban ratificar la poca seriedad de las perturbaciones e incidían, sobre todo, en su carácter de simulación.²¹ Frente a esta actitud médica que consideraba los síntomas histéricos como simulaciones conscientes orientadas a procurar una ganancia respecto a las obligaciones patrióticas, Freud demostró que el síntoma es una formación dotada de una lógica definible que constituye tanto la enfermedad como el intento de curación de la misma.

En tanto que el psicoanálisis descubría el psiquismo como causa, las neurosis de guerra empujaron a la neurología a reconocer a este como disciplina. Sin embargo, de la misma manera que algunas pacientes

21 Ver Paul Lerner. *Hysterical Men: War, Psychiatry, and the Politics of Trauma in Germany 1890-1930*. Ithaca, Cornell University Press, 2009.

ya habían cuestionado a Freud que determinados sueños de angustia pudieran ser realizaciones disfrazadas de deseos sexuales reprimidos, la sociedad médica y civil cuestionaba que los síntomas de esos neuróticos, testigos de uno de los mayores horrores de la historia documentada, pudieran también encontrar su explicación dentro del marco teórico freudiano según el cual todo síntoma es la satisfacción sustitutiva de un deseo sexual reprimido.

Freud sabía que esto afectaba los supuestos centrales de su teoría de la neurosis: no solo lo relativo al funcionamiento psíquico según el principio de placer, sino también a la creencia de que toda neurosis se originaba en un trauma ocurrido en la infancia, considerando el trauma adulto irrelevante en relación con el trastorno. Por ello, desde el estallido de la guerra, se embarcó en una reconstrucción conceptual que redefinió sus hipótesis psicopatológicas, lo que marcó una etapa decisiva en la teoría psicoanalítica y lo llevó a descubrir que el funcionamiento psíquico incluye un *más allá* del principio de placer, que puede llevar a repetir y perseguir lo no placentero (como, por ejemplo, la compulsión a la repetición [*Wiederholungszwang*] de una situación pasada que no trae consigo posibilidad alguna de bienestar). Incluso, tras la introducción de la segunda tópica (*El yo y el ello*), descubrió que lo placentero para una instancia psíquica puede no serlo para otra.

Sobre la base del descubrimiento de la existencia de fuerzas psíquicas que actúan más allá del principio de placer²² y que tienen, además, un carácter más primitivo y elemental que dicho principio, en 1920, Freud vuelve a la cuestión de lo traumático y rectifica sus posturas iniciales en las que definía al trauma en términos representacionales vinculados al conflicto psíquico:

Llamemos traumáticas a aquellas excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía [*Betrieb*] energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación.²³

22 El principio de placer es un postulado teórico que supone la orientación del sujeto hacia su propio bienestar mediante la disminución de la cantidad de excitación existente en la vida anímica. Freud mantuvo este principio como eje rector de la vida anímica, pero durante el proceso de construcción del edificio psicoanalítico se encontró con varios fenómenos y circunstancias que contradecían el carácter exclusivo del mismo.

23 Sigmund Freud. "Más allá del principio de placer", en *Obras completas...*, Vol. XVIII, p. 29.

Es decir, en la situación traumática, el principio del placer resulta desbordado por el exceso de excitación y deja paso a una función más primaria que pretende ligar psíquicamente la excitación que ha inundado el aparato psíquico y procurar su descarga. El trauma psíquico, pues, es el efecto de una excitación que, por su intensidad, rompe los dispositivos de protección del aparato anímico. El proceso de repetición obedecería a la tendencia de retorno al estado originario de nulidad pulsional. Es esta búsqueda de retorno a lo inorgánico, esta supuesta inclinación a recuperar el estado pacífico de quietud pulsional, a lo que Freud llama *pulsión de muerte*, el verdadero estadio primitivo donde la paz es el resultado de la carencia de toda excitabilidad.

El concepto de trauma ya no va a referir a ningún episodio o acontecimiento, sino directamente a la exigencia pulsional, concretamente a la pulsión de muerte. Esto, la pulsión de muerte vuelta hacia la propia persona, supone la pérdida del tiempo lógico en que el sujeto puede representarse y provoca la repetición compulsiva de escenas traumáticas en las que el pasado retorna y el futuro queda bloqueado o atrapado en un círculo fatal que se retroalimenta. El trauma se ubica, pues, en el límite de una escena que destroza la trama de la psique imposibilitando la trama representacional, y nos sirve para circunscribir los límites de lo que el aparato anímico puede tramitar rígido por el principio del placer.

En cualquier caso, a pesar de que hemos visto distintas aproximaciones al trauma a lo largo de la obra de Freud, susceptibles de aplicaciones historiográficas diferentes, hay determinadas características de tal noción que permanecen inalterables: en primer lugar, desde la óptica freudiana, más que la exactitud del hecho, lo que cobra valor psíquico es la significación que este hecho toma para el sujeto sobre la base de su interacción con huellas mnémicas (que no son percepciones) pre-existentes.²⁴ En una situación de peligro y sin elementos materiales o psíquicos para enfrentarlo, el yo reaviva la reacción que se produjo en las situaciones de desamparo vividas. Creemos por ello que la concepción de la temporalidad que introducía en el terreno del trauma una relación no lineal entre pasado y presente, donde aquel condiciona a este, pero este otorga nuevos valores a aquel, se mantiene de este modo vigente. En segundo lugar, un trauma siempre consiste en un hecho que no puede integrarse en un contexto de sentido, porque destroza la trama de la

24 "La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro. El yo, que ha vivenciado pasivamente el trauma, repite [*wiederholen*] ahora de manera activa una reproducción [*Reproduktion*] morigerada de este, con la esperanza de poder guiar de manera autónoma su decurso (...) lo decisivo es el primer desplazamiento de la reacción de angustia desde su origen en la situación de desvalimiento hasta su expectativa, la situación de peligro" (Sigmund Freud. "Inhibición, síntoma y angustia", en *Obras completas...*, Vol. XX, p. 156).

psique, la subjetividad del individuo. Esto no significa que en el tiempo subjetivo hay un pasado que no se recuerda, sino que se repite en el presente, que indica la insistencia de un contenido psíquico en busca de reconocimiento. El síntoma, como portador de esa forma particular de recuerdo, supone la concepción de una memoria que constituye un desafío para la labor historiográfica contemporánea.²⁵

El concepto de trauma histórico se emplea actualmente como analogía metodológica para analizar determinados fenómenos históricos y políticos, sucesos tan devastadores para los miembros de una comunidad, que marcan fuertemente su memoria llegando a transformar su identidad cultural. Esta idea ya había sido planteada por Freud en *Moisés y la religión monoteísta* (1939), al hacer referencia al trauma recurrente en la historia del pueblo judío. La tesis que Freud sostiene en este texto es que la religión mosaica no es otra que la de Atón, desarrollada por Akenatón.²⁶ Es decir que el monoteísmo judío emerge de la era monoteísta de la historia política de Egipto.

Según su hipótesis, en lugar de un niño hebreo salvado del Nilo, Moisés fue un egipcio de alta cuna que, tras abandonar su tierra, escogió al pueblo judío y trató de realizar sus ideales en este: consagró a sus seguidores con el signo de la circuncisión, les dio leyes y los inició en las doctrinas de la religión de Atón, que los egipcios acababan de rechazar. Pero tras el período posterior a 1350 a. C., cuando tuvo lugar el éxodo de Egipto, los judíos se sublevaron contra Moisés y lo mataron. Retornados de Egipto, se unieron a otros pueblos estrechamente emparentados con ellos en una comarca Palestina y allí adoptaron la adoración por el dios Yahvé. Con el tiempo, el dios Yahvé perdió sus características propias y, debido al proceso afectivo de la obediencia retrospectiva,²⁷ este cobró cada vez mayor semejanza con el antiguo dios de Moisés.

Escrito en vísperas del Holocausto, las aseveraciones de Freud de que Moisés fue un egipcio asesinado por los judíos en el desierto eran totalmente escandalosas, además de carentes de fundamento científico. Pero más allá de estas polémicas cuestiones, lo que nos interesa es que en esta obra, Freud sostiene que el problema de la neurosis traumática y el del

25 Ver Omar Acha. *Freud y el problema de la historia*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

26 Cuando subió al trono de Egipto, el faraón Amenhotep IV (más tarde cambió su nombre por el de Akenatón), alrededor de 1350 a. C., trató de imponer a los egipcios una nueva religión contraria a sus tradiciones milenarias: un estricto monoteísmo, la primera tentativa documentada en la historia. Después de su muerte, la nueva religión fue proscrita.

27 Este concepto fue introducido por Freud en *Tótem y tabú*, una ficción contractual que cuenta cómo el asesinato del padre primordial se transforma en una relación social. Tras matar al padre y haber satisfecho su odio, se imponen en los hijos sentimientos afectuosos, antes dominados por los hostiles. Como consecuencia de este proceso afectivo, surge el remordimiento y nace la conciencia de culpabilidad. El padre adquiere, entonces, un poder mucho mayor del que había poseído en vida.

monoteísmo judío tienen un punto de coincidencia, a saber, la latencia. Según su hipótesis, en la historia de la religión judía, tras la apostasía de la religión de Moisés, se dio un largo período en el que no se detecta nada de la idea monoteísta o la intensificación de lo ético, y señala la posibilidad de que la solución al problema haya que buscarse en una situación psicológica particular, semejante a lo que acontece en la neurosis individual, donde a impresiones de temprana vivencia olvidadas, atribuimos luego una gran significatividad.²⁸ En el período en que se omite el origen del pueblo judío y las circunstancias de su surgimiento (la historia de Moisés y su asesinato), este pervive en la tradición del pueblo de forma latente. No obstante, esta tradición va paulatinamente adquiriendo cada vez más poder, consiguiendo finalmente transformar al dios Yahvé en el dios mosaico.²⁹

Si bien “trauma” continúa siendo un concepto ausente en los léxicos histórico-conceptuales, cuarenta años después de la aparición de esta obra, tal noción ha sido integrada en los estudios dedicados a la historia del pasado reciente y a la memoria social, para referirse a los efectos colectivos de algunas experiencias históricas acontecidas en el llamado trágico siglo XX: las dos guerras mundiales, la Shoá, los genocidios armenio, ruandés o camboyano, la violencia estalinista o las dictaduras militares del Cono Sur. La temática del trauma, de la memoria a ella asociada, y de sus consecuencias para la construcción de las identidades colectivas, ha dado lugar a una significativa bibliografía que orienta la atención de la historiografía hacia nociones de origen clínico, para explorar la experiencia colectiva y social del sufrimiento de los supervivientes, así como de las víctimas indirectas que, pese a no vivir directamente los trágicos acontecimientos, quedaron devastadas por la enorme pérdida.³⁰

Con una investigación enfocada desde la perspectiva koselleckiana acerca del concepto de trauma y su traslación a la historia a partir de esa segunda *Sattelzeit* que representan los conflictos bélicos del siglo XX, se pretende no solo colmar un vacío,³¹ sino, sobre todo, tender puentes entre la historia conceptual y el psicoanálisis a través del protagonismo del tiempo. Lo que se oculta tras esta traslación de “trauma” del campo psicológico a la semántica histórica es, creemos, una determinada experiencia colectiva de la temporalidad que nada tiene que ver ya con la descripta por Koselleck en su diagnóstico de la modernidad. Frente

28 Ver Sigmund Freud. “Moisés y la religión monoteísta”, en *Obras completas...*, Vol. XXIII, p. 71.

29 Ver Sigmund Freud. “Moisés y la religión...”, p. 81.

30 Ver Marianne Hirsch. *La generación de la posmemoria*. Madrid, Carpe Noctem, 2015, p. 19.

31 Parcialmente ya colmado en Richard Vinyes (ed.). *Diccionario de la memoria colectiva*. Barcelona, Gedisa, 2018.

al sentido teleológico y único del tiempo contenido en los conceptos históricos fundamentales de la época moderna (Ilustración, progreso, revolución, crisis), el concepto de trauma revela la existencia de una multiplicidad de temporalidades en pugna, donde un pasado que retorna sin dejarse elaborar y un futuro bloqueado nos abocan a la dilatación social del presente.

Crisis del régimen de historicidad moderno

La historia conceptual como una teoría de los tiempos históricos

Si bien la historia de los conceptos surge como un método historiográfico orientado a la realización de un léxico de conceptos históricos fundamentales de la época moderna, esta es solo una de las facetas de la *Begriffsgeschichte*.³² La propuesta más genuina y filosófica de Koselleck (*Historik*) no se ocupa tanto de esta labor lexicográfica como de tematizar las estructuras de repetición establecidas como condiciones de posibilidad de las historias. En tanto que tales determinaciones recuperan de algún modo el supuesto de la iteración de las estructuras, mediante su exposición, Koselleck pretendió atenuar las consecuencias de la aceleración futurocentrista que representa el ideal moderno del progreso.³³

En sus últimos años, el padre de la historia conceptual dedicó sus estudios a la depuración de esta doctrina, cuyo interés reside en desarrollar una teoría general de las formas de la experiencia histórica que haga comprensible por qué pueden ocurrir historias y cómo pueden discurrir. Para ello, Koselleck esbozó una antropología de relaciones elementales de oposición entre las que destacó ciertas categorías formales inherentes a la naturaleza humana articuladas de manera distinta en las historias fácticas: “¿qué categorías formales son estas? Pues bien, son básicamente (...): antes-después, fuera-dentro y arriba-abajo. Son categorías muy formales, sin las cuales, empero, ninguna historia es pensable”.³⁴

Descripta como una teoría general de las formas de la experiencia histórica, la *Historia* se convierte así en una metahistoria que se apoya fundamentalmente en dos categorías cuya relación determina el tiempo histórico: *espacio de experiencia* (antes) y *horizonte de expectativa* (después). El análisis conceptual posibilitado por estas categorías heurísticas supone la contribución de Koselleck más fecunda a la teoría

32 Ver Faustino Oncina. “Historia conceptual: ¿algo más que un método?”, en Faustino Oncina (ed.): *Tradicón e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 11-38.

33 Ver Reinhart Koselleck. “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoría*, Nº 29, 2003, pp. 211-224.

34 Reinhart Koselleck. “Historia(s) e Histórica...”, p. 212.

historiográfica. Ellas permiten pensar la temporalidad de la historia entretrejiendo e integrando el plano diacrónico y el sincrónico; suponen la superación de la teoría clásica del tiempo limitada a la disyunción entre la linealidad cristiano-moderna y la circularidad periódica, planteando la posibilidad de que ambas se unan en la metáfora geológica de los estratos del tiempo [*Zeitschichten*]: “diferentes niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan los acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración”.³⁵

Un nuevo cronotopo: presentismo

Siguiendo la tesis de Koselleck de que el tiempo histórico se engendra en la tensión entre el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*, en el año 2003, el reconocido investigador francés François Hartog introdujo el esquema *régimen de historicidad*.³⁶ Este consiste en un instrumento heurístico que ayuda a analizar las diversas experiencias colectivas del tiempo, al revelar la manera en que se articulan pasado, presente y futuro, donde se impone siempre como preponderante uno de los tres componentes. Cabe resaltar que tales componentes temporales –pasado, presente, futuro– no han de pensarse en términos de categorías históricas, sino como categorías *a priori* de la antropologización del tiempo, esto es, como “una manera de traducir y de ordenar las experiencias del tiempo (...) y de darles sentido”.³⁷

Un régimen de historicidad es la expresión de un orden dominante del tiempo en un contexto histórico y sociopolítico dado, entretrejado a partir de sus diferentes temporalidades. Pero el objetivo último de esta herramienta operatoria “no es censar todos los regímenes de historicidad que han estado vigentes en el transcurso de la larga historia de las sociedades humanas”,³⁸ sino hacer inteligibles las temporalidades que estructuran u organizan los fenómenos históricos contemporáneos, así como determinar el orden del que son síntomas y la crisis del tiempo de la que son indicios:

¿estamos ante un pasado olvidado o más bien ante un pasado recordado en demasía?, ¿ante un futuro que prácticamente ha desaparecido en el horizonte o ante un porvenir más bien amenazador?, ¿ante un presente que se consume en forma ininterrumpida en la inmediatez o ante un presente casi estático e interminable (...)?³⁹

35 Reinhart Koselleck. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós, 2001, p. 35.

36 Ver François Hartog. *Regímenes de historicidad*. México, Universidad Iberoamericana, [2003] 2007.

37 François Hartog. *Regímenes de historicidad*..., p. 132.

38 François Hartog. *Regímenes de historicidad*..., p. 40.

39 François Hartog. *Regímenes de historicidad*..., p. 38.

¿Qué caracteriza, en definitiva, el régimen de historicidad contemporáneo?

Veamos que, según las investigaciones histórico-conceptuales llevadas a cabo por Koselleck, la construcción temporal de la modernidad rompió radicalmente con la noción de tiempo que había articulado durante siglos el mundo premoderno campesino-artesanal. Este, en contraposición al moderno, era un tiempo incrustado en el ciclo natural de las generaciones, en el que no se daban ni podían darse grandes diferencias socioculturales entre la experiencia consagrada y las expectativas por descubrir. Estas últimas se nutrían totalmente de los antepasados en la misma medida en que llegaban a ser las de los descendientes. E incluso, aunque algo cambiara, lo hacía de forma tan lenta y a tan largo plazo, que la ruptura entre lo vivido y lo esperado no rompía el *mundo de la vida* que sería heredado. Sin embargo, en la edad moderna, el legado de las enseñanzas previas fue perdiendo importancia en la vida social, al mismo ritmo vertiginoso en que aumentaba el anhelo por un futuro nuevo y prometedor, que pronto se desprendió de su pasado y se percibió completamente abierto.

Pero el tiempo de la modernidad ha entrado en un proceso de reestructuración, y ese futuro prometedor ha llegado a su fin. Como sostiene Hans Ulrich Gumbrecht, entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el fin de la Segunda, las bases fundamentales del mundo han sido transformadas, y la estructura metahistórica de la sobredimensión de la expectativa sobre la experiencia ha empezado a cambiar.⁴⁰ La Primera Guerra Mundial destruyó la certeza anticipada del orden. Los cambios políticos, sociales y tecnológicos que surgieron tras el conflicto, y que supusieron la desmitificación del proceso civilizatorio, dieron paso a un nuevo orden geopolítico e ideológico en el que se fraguaron las condiciones desde las cuales Europa pudo perpetuar su tragedia entregándose a otra guerra mundial, la más atroz de su historia.

Si bien esta última superó con creces a la primera, en términos de la extensión y la penetración de la destrucción, lo que las hace incomparables desde una perspectiva antropológica no es una cuestión de cuantificación de muertos. La diferencia esencial entre ambas contiendas, según Gumbrecht, está en el umbral que se cruzó cuando, al constatar que la guerra estaba perdida, Alemania y Japón contemplaron la posibilidad de una autodestrucción nacional e, incluso, de la extinción del género humano mediante la tecnología. El 6 de agosto de 1945, la imagen del suicidio colectivo de una nación, extendido a toda la humanidad, se volvió una posibilidad real. A partir de entonces hay que vivir con la amenaza de la autoextinción, con la posibilidad de que, en cualquier momento, por cualquier circunstancia, la humanidad se destruya a sí misma.⁴¹

40 Ver Hans Ulrich Gumbrecht. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid, Escolar y Mayo, 2010.

41 Ver Hans Ulrich Gumbrecht. *Después de 1945. La latencia como origen del presente*.

A la amenaza de la autoextinción por medios tecnológicos se le suman hoy otros riesgos efectivos que aumentan el peligro del futuro y que impiden seguir entendiéndolo como un horizonte abierto de posibilidades. Por un lado, determinados fenómenos derivados de la actividad humana amenazan la supervivencia del planeta, como son la explosión demográfica y la escasez de recursos, o el calentamiento global y el cambio climático. Por otro, algunos hechos acontecidos durante el pasado siglo indican la crisis del *tiempo histórico*, concibiendo por tal un cronotopo específico –la sobredimensión de la expectativa respecto de la experiencia– que durante siglos fue considerado por Occidente como metahistóricamente estable.⁴² Tras la caída del muro de Berlín, en 1989, y tras la constatación histórica de que la técnica puede ser el horror y que las revoluciones pueden engendrar poderes totalitarios, la experiencia contemporánea del tiempo ha renunciado al futuro como aquella temporalidad portadora de una esperanza susceptible de trascender el presente. La expectativa moderna parece haber desaparecido, mientras que la experiencia del siglo XX –el siglo de la violencia política en la forma de guerras, genocidios, depuraciones étnicas, la experiencia del totalitarismo y represiones políticas– ha quedado reducida a un campo de escombros y cadáveres.

En analogía con el trauma individual, que, como veíamos, arranca al sujeto que ha padecido la experiencia traumática de la continuidad del tiempo de su propia vida, el pasado traumático se caracteriza por la incapacidad de constituirse como experiencia transmisible a la siguiente generación. Esto ha conducido a reevaluar la importancia que tiene una indagación filosófica del tema de la memoria, noción que, desde los años ochenta, se ha introducido con fuerza en el debate historiográfico contemporáneo. El giro memorialístico pone en evidencia la dimensión política de la memoria y muestra cómo esta afecta notoriamente la forma de escribir la historia. Quizá, el ejemplo más claro sea la omnipresencia de la Shoá en la literatura de genocidios y en la historiografía contemporánea que, en el transcurso de las tres últimas décadas, se ha establecido como el paradigma de las violencias del siglo XX.

Desde los años ochenta, el auge de la memoria del Holocausto en la intelectualidad de Occidente ha favorecido un impresionante desarrollo de la investigación, que contrasta notoriamente con las escasas investigaciones sobre otras violencias genocidas. Puede que esto se deba a que el Holocausto es, en cierto sentido, un acontecimiento fundante de la identidad

México, Universidad Iberoamericana, 2015, p. 25.

42 “El elemento central de la estructura del tiempo histórico era una asimetría entre pasado y futuro. Con independencia de lo que fuera el pasado, y de lo que fuera aquello en lo que estuviese a punto de convertirse el futuro, el pasado no podía repetirse en el futuro. Sin excepción, y en todos sus diferentes ritmos, el tiempo era un factor inevitable de la transformación” (Hans Ulrich Gumbrecht. *Lento presente...*, p. 47).

transnacional europea, ya que, en cuanto que acontecimiento histórico, empieza en la Alemania del cuarenta y dos, pero, en cuanto que lacra extendida a otros territorios (por la SS, el ejército de ocupación alemana o la propia colaboración interna de ciertos sectores de los países ocupados), acontece también en el resto de regiones europeas, orientales y occidentales que apoyaron el régimen nazi. En ese sentido, Auschwitz no solo afectó las memorias alemana y judía, sino también la construcción cultural de una identidad colectiva europea. Lo cual ha proporcionado a los diferentes Estados miembros de la Unión Europea un vínculo de historia compartida y el supuesto compromiso de construir un futuro conjunto que respete la dignidad humana y se comprometa a proteger los derechos humanos.

No obstante, tal y como expone Aleida Assmann en “Europe’s Divided Memory”, esta memoria transnacional europea puede verse confrontada, en algunos casos, a las memorias nacionales.⁴³ La caída del muro en 1989 y el consiguiente colapso de la estructura política bipolar de la Guerra Fría propiciaron la eclosión de una multitud de memorias, antes reprimidas, en las que el terror y la violencia del estalinismo empiezan a ocupar el centro. En Europa del Este, por ejemplo, la simbólica fecha del 27 de enero de 1945 no se celebra como un acontecimiento liberador, ya que, tras la liberación de Auschwitz, el Ejército Rojo perpetuó la dominación y supuso el comienzo de una larga época de terror, que no vería su fin hasta 1989. Por ello se entiende que, en esta zona, la memoria de la Shoá no haya jugado el mismo papel solidario que en la Europa Occidental y que, en cierto modo, se la perciba como “un obstáculo para el pleno reconocimiento de los sufrimientos que sobrellevaron las diferentes comunidades nacionales a lo largo del siglo XX”.⁴⁴

En cualquier caso, lo cierto es que en la coyuntura presente desde hace más de treinta años, la memoria se ha impuesto como una categoría de época. Desde entonces, el pasado coexiste con el presente sin lograr ser superado, por lo que la expectativa ha perdido su valor como punto de referencia. Acompañado de un pasado que no acaba de pasar, un futuro cuasi clausurado indica la existencia de una nueva experiencia temporal caracterizada por un doble horizonte: “por un lado, el de la *retención*, o sea, el relativo al eco del recuerdo inmediatamente anterior de las experiencias vividas; por otro, el de la *protención*, o el de la anticipación del presente (...)”, con la implicación de que dicha anticipación “siga siendo la misma que la experiencia presente”.⁴⁵

43 Ver Aleida Assmann. “Europe’s Divided Memory”, en Uilleam Blacker, Alexander Etkind y Julie Fedor (eds.): *Memory and Theory in Eastern Europe*. New York, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 25-41.

44 Enzo Traverso. *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 309.

45 Hans Ulrich Gumbrecht. *Lento presente...*, p. 22.

En esta encrucijada, Gumbrecht diagnostica el brote de un nuevo cronotopo, el presente dilatado,⁴⁶ mientras Hartog, en convergentes conclusiones, señala la existencia de un nuevo régimen de historicidad al que denomina *presentismo*. Sea como sea, cronotopo o régimen de historicidad, ambos coinciden en que el presente ya no es un momento de transición entre pasado y futuro, sino que ocupa todo el espacio de la experiencia temporal. Desde mediados del siglo XX, la gran ideología de la modernidad, el progreso, ha sido embestida en distintas direcciones y sentidos. El presente se ha impuesto como la categoría más englobante, al mismo tiempo que los futuros del pasado que quedaron sin ser realizados remarcan su insistencia constituyendo una superposición de conflictos que no pueden trascender ni mucho menos hacer pronósticos esperanzadores.

Creemos que, del mismo modo que el progresismo futurocentrista de la modernidad quedaba recogido en la aprehensión conceptual de la época ilustrada, en el concepto de trauma, y en el lenguaje conceptual empleado por la historiografía contemporánea con miras a explorar el sufrimiento social, así como el significado que este tiene para los actores y sus memorias (duelo, melancolía), queda plasmada la experiencia colectiva de nuestro tiempo. Un presente dilatado en el que espacio de experiencia y horizonte de expectativa parecen fusionarse,⁴⁷ abocándonos a un tiempo recurrente y recursivo, que se repite hasta el infinito y sobrecarga de pasado la conciencia, y que se presenta como un presente sin puertas al futuro. Aun cuando esto se acerque más a un uso metafórico que literal de los términos, podemos afirmar que la traslación de trauma del campo clínico a la semántica histórica indica una implosión de los regímenes temporales –pasado, presente, futuro–⁴⁸ y dictamina la muerte de un tiempo histórico que no hace mucho fue pensado como metahistórico.

Conclusión: trauma, un concepto interdisciplinar

Desde el punto de vista del psicoanálisis, el trauma es constitutivo del sujeto y está siempre estructurado al modo del *après-coup*, dejando en el núcleo del sujeto una verdad inasimilable que solo en un segundo momento, cuando tiene lugar un nuevo encuentro con esa verdad a través de la pérdida, la muerte o la irrupción de goce, deja ver lo traumático

46 Hans Ulrich Gumbrecht. *Después de 1945...*, p. 41.

47 "El presente constituye el lapso de coincidencia y estabilidad entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa" (Faustino Oncina. "De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes", *Historia y Grafía*, Nº 44, 2015, pp. 89-114, aquí p. 103).

48 Ver Dominick LaCapra. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, p. 46.

del primer tiempo. En ese sentido, la noción psicoanalítica de sujeto converge bien con la historiografía y los trabajos de la memoria social, ya que ahí también se pone en juego el vacío de saber que no puede sino retornar hasta ser integrado en una convención discursiva. El diálogo entre psicoanálisis e historiografía es por ello absolutamente pertinente, pues uno y otro no hacen sino tejer una reconstrucción del pasado que cumplimenta esos huecos del recuerdo, que posibilita una labor articuladora de ese pasado que permita reconocer sus diferencias, pero también sus continuidades con nuestro presente.

Hemos tratado de iniciar ese diálogo entre ambas disciplinas desde una historia del concepto de trauma, porque consideramos que por medio de esta noción se traslada al acontecer histórico una concepción particular de tiempo, perteneciente a la experiencia subjetiva que configura todo el saber psicoanalítico. Y también porque, asumiendo los presupuestos koselleckianos, su historización hace posible una analogía entre los presupuestos temporales del trauma y los regímenes de temporalidad y memoria contemporáneos, que obliga a pensar la historia, que durante varios siglos fue entendida como una progresiva sistematización de las determinaciones del pensamiento, de un modo distinto.⁴⁹

Además, creemos que la clarificación de tal noción es necesaria por diversas razones. En primer lugar, tal y como indicábamos al inicio del texto, porque el trauma social se ha instituido en una disciplina autónoma que convoca, a su vez, una gran disparidad de saberes. Y, en segundo lugar, porque mientras que en el pasado las experiencias traumáticas referían exclusivamente a guerras u otras catástrofes de consecuencias similares, la actual circulación pública del término en sus diversas variantes (estrés postraumático, ataque de pánico, fobia social, etc.) hace que trauma se encuentre hoy también en la cotidianidad misma para describir “patologías civiles” (angustia, agitación, estrés).⁵⁰

Eric Laurent ya ha advertido que esta confusa y abusiva introducción del término “trauma” en el discurso público se debe a la falta de profundización en la problemática de la causa,⁵¹ resultado de la posición psiquiátrica hegemónica actual que tiende a prescindir de hipótesis explicativas sobre el origen y los mecanismos asociados a las patologías mentales, y a resaltar, en su lugar, la importancia de la metodología

49 Un análisis riguroso sobre la teoría de la memoria en Koselleck es aún *terra incognita*, aunque es menester destacar los trabajos de algunos especialistas que han dirigido su atención a este tema. Ver, por ejemplo, la introducción escrita por Faustino Oncina a Reinhart Koselleck. *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. IX-LXV.

50 Ver Han Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder, 2012.

51 Ver Eric Laurent. “Hijos del trauma”, en *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital*. Buenos Aires, Editorial Grama, 2004, pp. 23-29.

descriptiva de síndromes o conjuntos de síntomas inscriptos todos ellos bajo el término “trastorno”. Así, con ello se obtiene un retorno a la perspectiva de la clínica sincrónica tendente a la disolución de las entidades clínicas.

Por todo ello, el concepto de trauma supone un fenómeno interdisciplinar que exige una nueva comprensión en el plano científico y discursivo. En consecuencia, una historización de la noción de trauma bajo la perspectiva histórico-conceptual puede contribuir a esta búsqueda de análisis, capaz de aportar novedades a diversos campos de saber. En una época regida por la suprema exigencia de especialización, consideramos necesario defender el valor y la riqueza del enfoque interdisciplinar y discutir la validez del psicoanálisis, en tanto que ciencia del significado de la experiencia humana, como perspectiva susceptible de atravesar otras disciplinas propias de las ciencias sociales y humanas.

Bibliografía

Acha, Omar. *Freud y el problema de la historia*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

Assmann, Aleida. “Europe’s Divided Memory”, en Blacker, Uilleam; Etkind, Alexander y Fedor, Julie (eds.): *Memory and Theory in Eastern Europe*. New York, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 25-41.

Bercherie, Paul. *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires, Paidós, 1988.

Bernstein, R. J. *Freud y el legado de Moisés*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Bruneteau, Bernard. *El siglo de los genocidios*. Madrid, Alianza, 2006.

Byung-Chul, Han. *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder, 2012.

Foucault, Michel. “Las mallas del poder”, en *Estética, ética y política. Obras esenciales*. Vol. III. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 235-247.

Freud, Sigmund. *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904*. Buenos Aires, Amorrortu, 1985.

— *Obras completas*. 25 vols. Buenos Aires, Amorrortu, 2012.

— *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud) (1893)*. Vol. III.

— *Las neuropsicosis de defensa (1894)*. Vol. III.

— *Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud) (1895)*. Vol. II.

— *Proyecto de Psicología (1895)*. Vol. I.

— *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa (1896)*. Vol. III.

— *Sobre los recuerdos encubridores (1899)*. Vol. III.

— *Tres ensayos para una teoría sexual (1905)*. Vol. VII.

— *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (1908)*. Vol. IX.

— *Introducción a Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen (1919)*. Vol. XVII.

— *Más allá del principio de placer (1920)*. Vol. XVIII.

— *El yo y el ello (1923)*. Vol. XIX.

— *Moisés y la religión monoteísta (1939)*. Vol. XXIII.

Gadamer, Hans-Georg. “La historia del concepto como filosofía (1960)”, en *Verdad y Método*. Vol. II. Salamanca, Sígueme, 1992, pp. 81-93.

— *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1997.

García, Germán. *Actualidad del trauma.* Buenos Aires, Grama Ediciones, 2005.

Gumbrecht, Hans Ulrich. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico.* Madrid, Escolar y Mayo, 2010.
— *Después de 1945. La latencia como origen del presente.* México, Universidad Iberoamericana, 2015.

Hartog, François. *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo.* México, Universidad Iberoamericana, 2007.

Hirsch, Marianne. *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto.* Madrid, Carpe Noctem, 2015.

Judt, Tony. *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945.* Madrid, Taurus historia, 2016.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos.* Barcelona, Paidós, [1979] 1993.

— *Historia y hermenéutica.* Barcelona, Paidós, 1997.

— *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia.* Barcelona, Paidós, 2001.

— “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoría*, N° 29, 2003, pp. 211-224.

— *historia/Historia.* Madrid, Trotta, 2004.

— “Introducción al *Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*”, *Anthropos*, N° 223, 2009, pp. 92-105.

— *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional.* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011.

— *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social.* Madrid, Trotta, 2012.

LaCapra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma.* Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.

Laplanche, Jean. *La sexualidad.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1980.

Laurent, Eric. “Hijos del trauma”, en *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital.* Buenos Aires, Editorial Grama, 2004, pp. 23-29.

Lerner, Paul. *Hysterical Men: War, Psychiatry, and the Politics of Trauma in Germany 1890-1930.* Ithaca, Cornell University Press, 2009.

Medina Amor, José Luis. *Trauma psíquico*. Madrid, Paraninfo Universidad, 2015.

Mudrovic, María Inés. “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, *DLÁNOLA*, Vol. 58, N° 50, 2003, pp. 111-127.

Oncina, Faustino. “Historia conceptual: ¿algo más que un método?”, en Oncina, Faustino (ed.): *Tradición e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 11-38.

— “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, *Historia y Grafía*, N° 44, 2015, pp. 89-114.

Ortega, Francisco. “El trauma social como campo de estudios”, en Ortega, Francisco A. (ed.): *Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales, 2011, pp. 17-59.

Roldán, Concha. *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid, Akal, 1997.

Sanfelippo, Luis. “El trauma en la historia. Razones y problemas de una importación”, *Pasajes*, N° 40, 2012, pp. 24-37.

Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.